

El Síndrome de Alienación Parental (SAP)

Ningún hijo debe ser tratado como
traidor simplemente por amar a
ambos padres.

Cuando en los casos de divorcio o separación está presente una patología, trastorno de personalidad o emocional en uno de los padres.

Definamos claramente.

Síndrome: Conjunto de síntomas característicos de una enfermedad. Conjunto de fenómenos que caracterizan una situación determinada.

Alienación: Acción y efecto de alienar. Proceso mediante el cual el individuo o una colectividad transforman su conciencia hasta hacerla contradictoria con lo que debía esperarse de su condición. Resultado de ese proceso.

Desde el punto de vista:

Médico. Trastorno intelectual, tanto temporal o accidental como permanente.

Psicológico. Estado mental caracterizado por una pérdida del sentimiento de la propia identidad.

Parental: *Adj.* Perteneciente o relativo a los padres o a los parientes.

Biológico: Que se refiere a uno o ambos progenitores.

El Síndrome de Alienación Parental fue descrito y catalogado por el doctor Richard Gardner, quien lo definió así:

“El Síndrome de Alienación Parental es un desorden que se da principalmente en el contexto de conflictos de custodia física o moral entre los padres. Su manifestación primaria es la campaña de denigración de un hijo contra uno de los padres, campaña que no tiene justificación alguna o de exagerada denigración hacia el padre objetivo. Es el resultado de una combinación de programación (“lavado de cerebro”) y adoctrinamiento de uno de los padres y de las propias contribuciones de los hijos en la creación de un villano en el padre objetivo. Este síndrome es caracterizado por el conjunto de síntomas que

resultan del proceso por el cual un progenitor *transforma la conciencia de sus hijos* mediante distintas estrategias, con objeto de impedir, obstaculizar o destruir sus vínculos con el otro progenitor”.

Lamentablemente, este síndrome es muy poco conocido en todo el mundo, incluso en los medios terapéuticos, por los profesionales de la psiquiatría o en tribunales, y mucho menos en México. En casos severos, el padre rechazado y alienado, quien alguna vez fue amado y tuvo una buena relación con su hijo, ve destruido permanentemente el vínculo del afecto.

Un hijo que ha sido exitosamente alienado contra su padre normalmente expresa que ha sido su propia decisión rechazar y denigrar al padre. Una vez que esto sucede, pueden pasar muchos años antes de que un padre pueda volver a ver a su hijo.

La idea de que un padre manipule y programe a sus hijos y los ponga en contra del otro progenitor puede parecer una locura o una perfecta excusa de abandono, sin embargo, se trata de un fenómeno cada vez más frecuente en la actualidad, pues acontece en muchas separaciones o divorcios.

El doctor R. Gardner era un respetado y experimentado psiquiatra infantil y forense, — realizaba evaluaciones y estudios incluso para las cortes judiciales,— cuando en 1985, introdujo el concepto del Síndrome de Alienación Parental en uno de sus artículos. Su trabajo con niños, jóvenes y familias en los años 70, lo llevó a escribir diversos libros sobre los hijos y el divorcio, sobre los padres divorciados y la psicoterapia para los hijos en caso de divorcio.

Sabía, por experiencia, que es normal que los hijos de padres divorciados tengan una relación amorosa y duradera con ambos padres después del divorcio, e incluso con el paso de los años. A partir de esta experiencia, el doctor Gardner empezó a notar con preocupación, ya en los años 80, entre los niños y jóvenes que trataba, un aumento sustancial de hijos que después de la separación de los padres mostraban intención, acciones y conductas encaminadas a denigrar a uno de los padres y, en casos extremos, manifestaban un odio exacerbado y antinatural. El término mismo, Síndrome de Alienación Parental, se refiere a los síntomas que presenta un hijo cuando denigra y rechaza sin justificación verdadera a uno de los padres después de su separación.

El enfoque del doctor Gardner señala que esta patología en los hijos, en caso de separación o divorcio, es único, aunque desde los años 80 ha habido una proliferación importante de literatura y estudios que muestran una tendencia perturbadora en los casos complicados de divorcio, incluyendo mentiras, exageraciones, alegatos de abuso para alterar a favor del padre alienante la simpatía y el amor de los hijos. Desde la presentación del doctor Gardner, han sido identificados al menos otros tres síndromes relacionados con el divorcio. En 1985, dos psicólogos en Michigan, Blusa y Ross, sin conocer aún los trabajos del doctor Gardner publicaron el primero de varios artículos sobre el *Sex Abuse Allegations in Divorce* (SAID, por sus siglas en inglés). Al realizar evaluaciones para las Cortes Judiciales de lo Familiar de Michigan, empezaron a notar, de forma repetida, alegatos de niños y jóvenes que falsamente acusaban a alguno de sus padres. Delinearon los tipos de acusaciones falsas de un hijo en contra de uno de sus padres y del padre acusador, en contra del padre alienado. Dos de los síndromes nombrados en la literatura, se centran en la ira y la patología del padre alienador. Jacobs, en Nueva York, y Wallerstein, en California, han publicado estudios de casos de lo que han descrito como el “Complejo de Medea”. Jacobs se refiere y relaciona este complejo con el trabajo del doctor Gardner sobre el SAP (en 1988). También el doctor Turkat, cuando describe el “Síndrome de la Madre Maliciosa” (en 1994) hace referencia a los estudios del doctor Gardner. Los padres (hombres) también pueden encontrarse como

alienadores, sin embargo, Turkat no encontró ningún caso.

Por otro lado, en gran cantidad de artículos, estudios e investigaciones relacionados con el divorcio y la separación de los padres, se describe repetidamente síntomas del fenómeno sin asignarle directamente el nombre de SAP. La literatura que revisé procede de diferentes fuentes, incluyendo los trabajos del doctor Gardner. Todos se muestran consternados por el aumento en su incidencia, la falta de atención y reconocimiento de las autoridades e incluso de muchos de los terapeutas y psicólogos encargados de los casos de divorcio. Todo ello resulta en la pérdida de un padre amoroso para los hijos.

Los efectos devastadores de la alienación sobre los hijos se manifiestan en todos los aspectos de su vida, no solamente en el afectivo. Las consecuencias van mucho más allá del propio entendimiento de lo que les está sucediendo y de su inmadurez con respecto a las relaciones. Los hijos alienados son traicionados por uno de sus padres, especialmente por quien los cuida y debería protegerlos, por quien les proporciona bienestar ya que dependen física y emocionalmente de él. Cuando los hijos son alienados, llegan a creer que sus necesidades no son importantes, que no valen más que los deseos del padre alienador. Este mensaje se graba en la mente de los hijos, pues quien los cuida les roba su ser, su autonomía y el amor hacia el otro progenitor. También llegan a creer que el sentimiento de amor y la obediencia hacia uno de los padres sólo pueden demostrarlos con odio

y hostilidad hacia el otro.

El SAP lo veremos desde el punto de vista de sus partes y procesos, que crean en su conjunto el síndrome, pero existe vasta literatura en donde los síntomas y el resultado se manifiestan de manera exponencial, como las características y problemas psicológicos de los padres que acusan falsamente a su ex pareja, los “cultos”, grupos familiares u organizaciones que apoyan a un padre/madre en proceso de divorcio a rechazar, denigrar y odiar al otro padre como estrategia de venganza, así como y el abuso psicológico en los hijos que sufren del SAP de una forma severa.

En los años 70, la Barra Americana de Abogados, en su sección de Derecho Familiar, preocupados por la gran cantidad de casos de programación o “lavado de cerebro” de los hijos, ordenaron un estudio a gran escala para revisar el problema. En 1991 el estudio fue publicado en un libro llamado *Niños secuestrados. El manejo de niños programados y lavados de cerebro*. Claw y Rivlin estudiaron 700 familias y encontraron que la programación producida por uno de los padres, en diferentes grados de severidad, era practicada por 80% de los padres divorciados, y 20% de ellos, al menos una vez al día, utilizaba lenguaje, acciones, conductas y actitudes tendientes a alienar a sus hijos del otro padre.

Vale la pena mencionar que, en 1975, 35% de las denuncias de abuso eran inconsistentes, mostraban vaguedad, mentiras y prefabricaciones que no permitían realizar un juicio verdadero y justo, pero para 1993 el porcentaje se disparó a 66%. Cada vez más madres utilizaban a sus hijos como armas en contra de los padres. Cuando las autoridades realizaron las investigaciones necesarias, se descubrió que cuando se trataba de un divorcio conflictivo, en 96% de los casos, las denuncias y alegatos de abuso por parte del padre quejoso eran imposibles de sustentar; 95% de las denuncias fueron presentadas por las madres.

En 1996 el Congreso de Estados Unidos promulgó el Acta de Prevención y Tratamiento del Abuso Infantil, para eliminar la impunidad con que actúan las personas que con alevosía mienten y hacen denuncias falsas. La base para el Acta, fue el estudio a cargo del Consejo Nacional de los Derechos de los Niños, de donde se desprende que cada año dos millones de niños se veían involucrados en denuncias no comprobables o definitivamente falsas, contra “solo” un millón de niños que habían sido verdaderamente abusados en diferentes formas.

Las acusaciones falsas de abuso, de cualquier tipo y el SAP no son lo mismo. El SAP ocurre siempre sobre una base de mentiras, medias verdades y chismes. Puede incluir acusaciones de abuso sexual o no, pero en ambos casos la falsedad y el deseo de alienar están presentes.

La característica principal del SAP y que lo diferencia de otras patologías de las relaciones padres-hijos es la participación de éstos últimos

en la alienación y denigración de uno de los progenitores.

Con Carla, mi hija mayor, que entonces tenía 18 años, tenía, antes de mi separación, una excelente relación de comunicación y entendimiento. La relación se deterioró desde el principio de mi separación, fue muy diferente, más difícil, sin saberlo el nivel de alienación era más severo, incluso desde antes del rompimiento matrimonial. Su madre mostraba una identificación excesiva y compulsiva con Carla; desde muy pequeña existía este control y manipulación hacia mi hija, que no alcancé a visualizar en toda su dimensión como parte de una patología.

En su décimo séptimo cumpleaños, le regalé una camioneta de velocidades, lo que me había generado disgustos tanto con *Ella'* como con mi suegra, ya que consideraban que no era digno de mi hija que tuviera un coche que no fuera automático. Pero ese fue mi regalo. La condición era que obtuviera su permiso para manejar,. Carla ya sabía conducir, pero no tenía el papelito oficial. Corría el mes de agosto y cuando llegamos a diciembre, aún no tenía el permiso, así que no usaba su camioneta y le dije: si no sacaba el permiso, vendería la camioneta. Fue entonces cuando me enteré que cuando le pedía a su mamá que la acompañara a obtener el permiso (tenía que ir con un adulto), *Ella* le decía: *“Claro, quieres tu permiso de manejar para que yo no te lleve a la escuela; lo que pasa*

es que ya no quieres estar conmigo”, y cosas por el estilo lo cual hacía que Carla se arrepintiera de su intención de obtenerlo. Acabé llevándola yo mismo e hicimos el trámite juntos.

Teníamos la costumbre de ir a misa los domingos juntos, toda la familia, sin embargo, por alguna razón que desconozco, *Ella* decidió dejar de ir, así que empezamos a ir mis dos hijas y yo, pero no pasó más de un mes, cuando un domingo *Ella* me dijo: “*Carla no quiere ir a misa, se va a quedar conmigo*”. Carla la miró sin saber qué decir, lo tengo muy presente. A mis hijas siempre les gustó la práctica religiosa, sin ser fanáticas. Éramos una familia creyente. Nunca tuvieron problema para asistir a misa, no obstante, a partir de esa fecha Carla se desinteresó por completo y nunca más la volví a ver en la Iglesia.

Ella tenía la costumbre patológica de hacerse pasar por Carla: podía estar una tarde o noches enteras en el correo electrónico o chat de Carla, platicando con los amigos de ésta. Si mi hija cambiaba la clave de acceso para tener la privacidad que se merecía, su mamá la obtenía nuevamente a través de diversos chantajes, manipulaciones e incluso golpes. *Ella* estaba verdaderamente obsesionada con vivir la vida de mi hija, casi puedo decir que Carla tenía dos personalidades, una cuando estaba frente a su madre, y otra cuando ésta no estaba presente. Era más libre, más feliz al estar fuera de la presencia directa de su madre.

Al principio de la intromisión de la privacidad e intimidad de Carla, ésta no sabía qué hacer, y la situación ocasionó varias discusiones entre su mamá y yo, las reacciones de la mamá eran más violentas al

saber que Carla me platicaba que su madre la convenció para darle de nuevo las claves de acceso. La situación llegó a ser tan crítica, que Carla decía que era ella quien “le pedía” a su mamá que se metiera al chat y al correo, y que su mamá lo hacía como un favor. Estas discusiones con *Ella*, llegaron a crear en Carla un sentimiento de culpa profundo, ya que pensó que nuestra separación se debió en parte a esto. Cuando dejé el hogar familiar, esta situación aún prevalecía. Hoy no sé hasta dónde llega el nivel de privacidad de mis hijas.

El control sobre la vida de Carla era tal, que cuando iba a alguna fiesta, no se me permitía que yo fuera a recogerla, siempre era *Ella* quien salía sola a las doce u una de la mañana, y si alguien quería acompañarla se enojaba muchísimo. Al momento de recogerla empezaba el interrogatorio, la madre quería saber todos los detalles de la fiesta, todos, al grado de que Carla en una ocasión me dijo, muy afligida: *“Hay veces en que ya no sé que inventarle, porque no tengo nada más que contarle y si no le digo algo más se enoja, porque quiere que le cuente más”*. El interrogatorio podía durar tres o cuatro horas. También era común, cuando Carla ya era mayor, y salía a cenar con algún amigo o novio, que su madre le hablara por teléfono para que ésta se levantara de la mesa con la excusa de ir al baño y le contara cómo iba la cita. Nunca Carla se vistió para un evento o salir con sus amigas sin que tuviera la aprobación de su mamá. Desde pequeña le

daba aparentemente la libertad de elegir su propia vestimenta; sin embargo, a juicio de su mamá algo del atuendo debía cambiar invariablemente.

Ella me decía en ocasiones: “Alejandra es tu hija y Carla es mía”. Parecía una expresión ligera. Al menos mientras viví con ellas, Alejandra era más libre, menos controlable.

Cuando me fui de ahí, mi relación con Alejandra, la menor de mis hijas, que entonces tenía 15 años, era respetuosa, de mucho amor y comunicación, e incluso después de mi separación nos podíamos ver con regularidad, y platicar de cualquier tema como antes, sintiéndola cómoda a mi lado. Siempre me ha gustado el contacto físico con mis hijas, y con todos mis sobrinos y sobrinas, incluyendo hijos de algunos amigos míos. Tal vez la falta de abrazos y cariño en mi niñez me hizo así, muy *apapachador*. Con Alejandra no era la excepción, siempre fuimos muy cercanos y pese a mi separación, aún se sentía bien cuando la abrazaba, pero ésto cambió rápidamente. Ha pasado más de un año sin poder verla o hablarle.

Ésto es una muestra del origen de la manipulación y programación, que derivó en el SAP en mi familia, pues eso fue más allá del simple caso de una “madre entrometida”, dado que el control y la manipulación aumentaron progresivamente, desde formas sutiles hasta otras muy agresivas, por parte de *Ella* y de mi entonces suegra. Por eso afirmo que es necesario detener este tipo de ciclos, pues pueden destruir familias y alejar a los hijos de padres amorosos.

Como ya se dijo, el SAP es un conjunto de acciones, eventos y secuencias tendientes a separar y menoscabar el amor de un hijo hacia uno de los progenitores, y es una combinación de la influencia del padre o madre “alienador”. Las acciones del propio hijo contribuyen a la campaña de denigración, lo que se convierte en un círculo vicioso.

Mediante acciones directas, indirectas, verbales o no verbales, pensamientos y ademanes o conductas, un hijo es objeto de abuso emocional, programado para pensar que el otro progenitor es su enemigo.

Dependiendo de la severidad del síndrome, un hijo afectado puede presentar todas o algunas de las características y comportamientos del SAP. El doctor Gardner ha agrupado el siguiente conjunto de estos síntomas y fenómenos:

1. El hijo se alía al padre alienador en una campaña de denigración contra del padre alienado, donde el hijo contribuye de forma activa.

2. Las razones y justificaciones para despreciar y atacar al padre alienado son normalmente pobres, absurdas y hasta frívolas.
3. El desprecio y enojo del hijo hacia el progenitor rechazado no presenta la ambivalencia normal de las relaciones humanas.
4. El hijo asegura que la decisión de rechazar y denigrar al padre es propia, sin influencias de ningún tipo. El doctor Gardner lo identifica como el fenómeno del “pensador independiente”.
5. El hijo apoya, sin pensarlo dos veces, al padre alienador.
6. No existe expresión o sentimiento de culpa por parte del hijo acerca de las acciones de denigración y alejamiento hacia el padre. Tampoco le preocupan los sentimientos del padre “odiado”.
7. En los diálogos y sentimientos de los hijos, existen escenarios prestados, las expresiones de los hijos reflejan los sentimientos y vocabulario del padre “alienador”.
8. La animosidad negativa dirigida hacia el padre alienado se extiende hacia su familia y cualquier persona cercana.

Según la experiencia del doctor Gardner, de acuerdo a investigaciones y estudios clínicos, las madres son las más frecuentes alienadoras. Además, se observa una liga a lo que se ha denominado en otros estudios como “secuestro psicológico”. De acuerdo con el mismo doctor, la

programación o “lavado de cerebro” puede ser más o menos consciente por parte del padre alienante, y puede ser sistemático y siniestro o sutil. Las acciones y participación del hijo en la campaña de denigración pueden crear y mantener un reforzamiento entre el hijo y el padre alienador. Aun con la participación del hijo, el responsable que trasmite y programa al hijo, es el padre alienador. Los buenos recuerdos del hijo son reemplazadas con una nueva realidad: *el escenario totalmente negativo que comparte con el padre alienador y que justifica el desprecio y el rechazo*. Esta situación llega a tener resultados catastróficos en el hijo y en el padre alienado.

